Domingo primero de Adviento

Lectura orante del Evangelio: Marcos 13,33-37

Todo lo que tiene fin, aunque dure, se acaba…Abrid por amor de Dios los ojos (Santa Teresa de Jesús, Fundaciones 10,9.11).

Estad atentos, vigilad: pues no sabéis cuándo es el momento. Jesús, que siempre cuida de nosotros y nos acompaña, nos dice que tengamos cuidado y nos cuidemos, que miremos con atención amorosa los signos de cada día. La invitación de Jesús a velar está preñada de alegría, henchida de esperanza. No nos llama a la angustia ni al miedo, nos invita a esperar. No es hora de dormir: Dios nos espera. Tiene tiempo y promesas para nosotros. Su amor es más fuerte que nuestros agobios y preocupaciones, su presencia se muestra fiel en nuestras ausencias y olvidos. Dios está en adviento constante hacia nosotros. Saber esto nos alienta a una espera vigilante. Saber que Dios viene a nosotros, reaviva nuestro deseo de ir a su encuentro. El Espíritu nos enseña a vivir en esperanza de Dios. *Marana tha: Ven, Señor, Jesús. Viviré en esperanza de Dios.*

Es igual que un hombre que se fue de viaje, y dejó su casa y dio a cada uno de sus criados su tarea. ¿Cómo orar en la ausencia del Señor? ¿Cómo seguir amándole en la noche? ¿Cómo trabajar con los dones que nos ha dado, para bien de todos? Porque esperar es también trabajar, no instalarse en la pasividad, compartir como pobres con los pobres. Velar es cuidar la casa y nada la cuida mejor que la oración interior y la fraternidad. La casa común es el espacio de la espera. *¿Adónde te escondiste, Amado, y me dejaste con gemido?* (San Juan de la Cruz, Cántico Espiritual),

Velad, pues no sabéis cuándo vendrá el dueño de la casa. A Jesús le preocupa que la comunidad de sus seguidores viva dormida. En el corazón de la vida hay una oferta de amor tan sorprendente que no debe pasar desapercibida. Para ello hemos de mantener la tensión espiritual de la espera, también en las vigilias de la noche, cuando se hacen más oscuros los significados y los valores de la vida. El Señor está en la hora menos pensada, en los acontecimientos más pequeños e insignificantes, por eso hay que velar. El amor no duerme. *Yo dormía, pero mi corazón velaba* (Cantares 5,2). La vigilancia no tiene que ver con el encogimiento, sino con verdad que nos hace libres para amar. *Tan alta vida espero (Santa Teresa de Jesús).*

Lo digo a todos: ¡Velad! La indicación de Jesús no es para unos pocos, es para todos. Velar es cultivar el amor. *Procurad caminar con amor y temor… El amor nos hará apresurar los pasos; el temor nos hará ir mirando adónde ponemos los pies para no caer por camino adonde hay tanto que tropezar* (Santa Teresa de Jesús, C 40,1). ¿Cómo esperamos la llegada del Señor? ¿Vivimos conscientes de que nuestra meta es el encuentro con Cristo? Tomamos conciencia de que somos amados, atraídos por Jesús. Su amor nos provoca para que lo busquemos como él nos busca. Nos quedamos en el abandono confiado del *sólo Dios basta*. Todo acabará bien, porque está en las manos de Dios. Todo es gracia. Dios sigue esperando que nos demos cuenta. *Pensar la gloria que esperamos, muévenos a gozo (Santa Teresa de Jesús).*